

LA TERMINOLOGÍA DE LOS CONTINGENTES MILITARES ATENIENSES EN LA GUERRA DEL PELOPONESO. ENTRE LAS NECESIDADES ESTRATÉGICAS Y LA EVOLUCIÓN SOCIAL E IDEOLÓGICA.

A pesar de todas las transformaciones experimentadas por la ciudad de Atenas a lo largo de la Pentecontecia, al comienzo de la Guerra del Peloponeso seguía siendo, desde el punto de vista de la organización militar y de las relaciones de ésta con el cuerpo cívico como colectividad definida políticamente, una ciudad fundamentalmente hoplítica. Sin duda, los resultados de las Guerras Médicas y las medidas relacionadas con la figura de Temístocles, así como el desarrollo del imperio, el expansionismo evergético de Cimón y la política de redistribución ciudadana de Pericles, junto con las transformaciones institucionales que se vinculan a la personalidad de Efialtes, hicieron posible que se operaran profundos cambios en el plano de los hechos. Ahora bien, la imagen institucional y la organización de los cuerpos de ciudadanos constituyeran la democracia en el sentido originario, dado que la base seguía siendo el *dêmos* clisténico, de carácter territorial, fundamento del catálogo y de la organización militar. El reclutamiento se hacía delante del altar de los héroes epónimos de las tribus¹, de tradición clisténica. Gracias a la *Constitución de Atenas*, 53.4, de Aristóteles, se sabe que los hombres estaban divididos en clases de edad, entre los dieciocho y los cincuenta y nueve años, y que, junto a los epónimos de las tribus, había también un epónimo de la clase de edad que servía para definir el reclutamiento². Las dos primeras clases están formadas por los *neótatoi* o efebos, las diez últimas son las de los *presbýtatoi*³. Constituyeran, pues, un cuerpo cívico de carácter excluyente a pesar de todas las transformaciones democráticas. En los comienzos de la Guerra del Pelopone-

¹ R.E. Wycherley, *The Stones of Athens*, Princeton 1978, 52, sigs.

² C. Pélékidis, *Histoire de l'éphébie attique des origines à 31 avant Jésus-Christ*, Paris 1962, 48.

³ P. Vidal-Naquet, *La tradition de l'hoplite athénien*, en J.-P. Vernant, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris 1968, 163; luego en P. Vidal-Naquet, *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris 1981, 127 (esta última recopilación de artículos del autor se ha traducido como *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona 1983).

so, e incluso en la época de la Pentecontecia, el sistema es citado por Tucídides. Cuando los atenienses decidieron ayudar a los megarenses atacados por los corintios, sin necesidad de abandonar los frentes de Egipto y Egina, probablemente en el año 457⁴, tuvieron que enviar a los más viejos y a los más jóvenes, según expresión de Tucídides, 1.105.4, para referirse a las clases que habitualmente permanecían en el territorio de la ciudad. Ahora, como hoplitas, los enviaron a luchar a un territorio próximo al Ática. Más tarde, en 2.13, cuando enumera los recursos con que Pericles cree que la ciudad cuenta, al referirse a los hoplitas, habla de trece mil, aparte de los dieciséis mil situados en guarniciones y en los muros, entre los que estaban «los más viejos y los más jóvenes», además de todos los metecos que eran hoplitas⁵. Ésta era una misión más habitual, la de atender a la ciudad misma, pero también a las guarniciones próximas y las situadas en las ciudades ultramarinas que por el tipo de relaciones sostenidas con Atenas lo habían precisado. Tucídides aclara, de todos modos, que éste era el número de los encargados de la vigilancia al principio, cuando atacaban los enemigos. Más tarde, cuando los atenienses pasaron a realizar acciones ofensivas, Tucídides, 2.31.2, habla, por ejemplo, de que no menos de tres mil metecos se habían sumado a la expedición hacia el Peloponeso. Ésta última participación merece también un comentario, pues se halla dentro del cuerpo cívico un importante grupo de no ciudadanos, sintomático del carácter no coincidente de la ciudadanía y la economía. Los metecos permanecen estatutariamente al margen del cuerpo cívico que forma el ejército hoplítico, pero pertenecen a él económicamente, pues, en definitiva, la base del cuerpo cívico es económica, fundamentada inicialmente en las relaciones con la tierra, pero excepcionalmente con el montante equivalente al que permite al hoplita sostener su propio armamento.

El cuerpo fundamental del ejército se hallaba formado, pues, por los hoplitas, ciudadanos propietarios de tierras, pero éstos imponían también sus condiciones económicas de forma que podían ser hoplitas quienes, no siendo ciudadanos, cumplían los requisitos económicos, aunque, al mismo tiempo, el fenómeno hoplítico definía la sociedad en su conjunto hasta implicar en sus criterios a aquéllos que no eran

⁴ R. Meiggs, *The Athenian Empire*, Oxford 1973³, 98.

⁵ Sobre las cifras, ver A.W. Gomme, *A Historical Commentary on Thucydides (HCT)*, Oxford 1945-1981, II, 34, sigs.

hoplitas. No se sabe hasta qué punto se incluía a los *thêtes* en las listas que se definían precisamente a partir de tales criterios. La Guerra del Peloponeso constituye sin duda el período más importante para la transformación de las estructuras hoplíticas tanto en el plano militar como en el social. Los cambios revisten aspectos variados, donde los factores parecen seguir direcciones distintas y hasta opuestas para configurar una nueva realidad. En el capítulo que dedica a la efebía la *Constitución de Atenas* de Aristóteles, 42.3, tal institución, de tradición hoplítica, parece extendida a toda la ciudadanía, pero ésta se halla a su vez sometida a una serie de restricciones, resultado sin duda de los cambios que han tenido lugar a lo largo de la Guerra del Peloponeso. Ahora bien, los efebos se ven sometidos a pruebas militares entre las que, desde luego, predominan las que sirven para su formación como hoplitas, pero también aprenden a manejar el arco y la jabalina, como los peltastas, cuerpo formado tradicionalmente por los sectores de la población que no alcanzaban el estatuto propio del hoplita⁶. Los límites se rompen en la práctica militar y en los contornos sociales, se abren tanto en un terreno como en otro, pues combaten de un modo más variado quienes socialmente tienen una procedencia más variada, pero esto ocurre cuando la sociedad cívica tiende a volver a cerrarse sobre los límites propios de los hoplitas, sobre la posesión de la tierra, que reduce las posibilidades de que, en otros campos de la vida militar, participe el ciudadano que no posee las cualificaciones que se desprenden de su naturaleza de propietario agrícola.

En efecto, la Guerra del Peloponeso ha debido de representar un importante punto de inflexión en este terreno. El ejército hoplítico era una realidad compleja, constituida por los elementos sociales vinculados al desarrollo de la *pólis* y de su territorio y por la táctica militar específica, caracterizada por un modo de lucha terrestre relacionada con la defensa del territorio cultivado y con los modos de solidaridad propios de la organización tribal en que se asentaba la *pólis* arcaica⁷. La victoria de Maratón había servido en Atenas para consolidar tanto las tácticas como el peso social de los hoplitas, convertidos en defensores de la ciudad y del sistema democrático. El desarrollo de la guerra naval, sin embargo, transforma a los hoplitas en combatientes aislados sobre los barcos. Ya en el decreto de Temístocles⁸ se cita

⁶ Vidal-Naquet, *La tradition*, 177, sigs.

⁷ V.D. Hanson, *Le modèle occidental de la guerre. La bataille d'infanterie dans la Grèce classique*, Paris 1990, 38, sigs., et passim.

a los diez *epibátai*, soldados de infantería transportados en el barco para atender al combate cuerpo a cuerpo que pueda producirse en el encuentro de las naves, donde naturalmente no están en condiciones de desarrollar sus virtualidades como ejército compacto y solidario, mutuamente protegido por la colocación de los escudos, en el que no era posible la huida individual. En las naves, los hoplitas ocupaban un lugar social de prestigio, pero en la batalla desempeñaban un papel secundario⁹, lo que sin duda era fuente de contradicciones. Sus potencialidades sólo se desarrollaban en los desembarcos, pero aquí es donde Platón observa el punto clave de su decadencia, pues, para él, al ponerse a combatir en las costas junto a las naves, se favorecen sus posibilidades de elegir la fuga en los momentos de peligro y de romper las características tradicionales del ejército hoplítico¹⁰. Es posible, en efecto, que las ocasiones en que Tucídides menciona a los diez *epibátai* puedan identificarse con expediciones cuya finalidad se halla en la acción devastadora de territorios enemigos¹¹. De todos modos, el prestigio del *epibátes* se individualiza frente a la función colectiva previamente fomentada, lo que repercute en las manifestaciones ideológicas del grupo y de la ciudad. No obstante, Tucídides menciona a «muchos hoplitas» (1.49.1) en el momento de trabarse la batalla naval entre corcirenses y corintios. Otra cosa es que se envíen los hoplitas a las naves con una misión específicamente terrestre, como cuando Calias y otros cuatro estrategos se dirigen a evitar la defección de las ciudades con dos mil hoplitas y cuarenta naves (1.61.1-4), pues las acciones se movieron principalmente en tierra firme en torno a Potidea en la península de Palene (1.64.2).

En relación con esta forma de actuar, también resultó más que nada motivo de problemas el hecho de que Demóstenes transportara *epibátai* en sus naves cuando llevó a cabo la expedición contra Etolia, pues, según Tucídides, 3.95.2, utilizó en el desembarco tropas aliadas

⁸ R. Meiggs - D. Lewis, *A Selection of Greek Historical Inscriptions, to the End of Fifth Century B.C. (GHI)*, Oxford 1989 (ed. rev.), n° 23, 23-6.

⁹ J.S. Morrison - J.F. Coats, *The Athenian Trireme. The History and Reconstruction of an Ancient Greek Warship*, Cambridge 1989, 109-10.

¹⁰ D. Plácido, *Platón y la Guerra del Peloponeso*, Gerión, 3, 1985, 47, sigs.

¹¹ D. Jordan, *The Athenian Navy in the Classical Period. A Study of Athenian Naval Administration and Military Organisation in the Fifth and Fourth Centuries B.C.*, Berkeley-Los Angeles 1975, 192, sigs.

junto con los trescientos *epibátai* de las propias naves, pero aquello resultó un fracaso, pues murieron más de ciento veinte hoplitas según el propio historiador, 3.98.4, al entrar en contacto con tropas organizadas de modo diferente, de acuerdo con el carácter primitivo de la sociedad etólica¹², en un choque similar al que desconcertaba a los persas frente a los escitas, según Heródoto¹³, o a los franceses frente a los guerrilleros del norte de España, o a los yankees frente a los vietnamitas¹⁴. De hecho, Demóstenes ha tenido que actuar, más de una vez, con arqueros y tropas ligeras, como en Ampracia, en Tucídides, 3.107, en terrenos específicos, contra pueblos organizados de manera preurbana, lo que ha obligado a que hoplitas y tropas ligeras adopten tácticas parejas, más propias de las últimas de que los primeros. Aquí Demóstenes recibe también formas peculiares de mando, atribuido por las tropas en campaña, ajenas en cierta medida a las formas propias del funcionamiento de la ciudad hoplítica, como hegemón de la alianza entera, al margen de los estrategos¹⁵. De todos modos, el choque se manifestó violentamente y los hoplitas no supieron enfrentarse a las tropas ligeras de Anfiloquia, bien conocedoras del terreno, por lo que terminaron lanzándose al mar en busca de las naves atenienses fondeadas en frente (3.112). Demóstenes, en sus alianzas, ha llevado a cabo una conversión táctica de sus tropas que lo sitúa en posición ajena a la tradición hoplítica, con lo que ha logrado colocarse en el otro lado de las disyuntivas tácticas y aparecer como ajeno a la actitud defendida por los espartanos. Luego, los hoplitas lacedemonios consideraban poco digno su enfrentamiento con las tropas de Demóstenes (4.40.2), precisamente porque sin duda había tenido que adaptarse a las condiciones de los combatientes con que antes se había enfrentado. De otro lado, el historiador Tucídides marca de esta manera el hecho de que los atenienses que han participado en Pilos no son precisamente los miembros de los ejércitos hoplíticos, sino los que hieren de lejos con las piedras o los arcos, los que se reclutan entre el *dêmos* subhoplítico. En el *Heracles* de Eurípides¹⁶,

¹² Sobre los etolios ver el clásico J.A.O. Larsen, *Greek Federal States. Their Institutions and History*, Oxford 1968, 78, sigs.; 195, sigs.; y recientemente C. Antonetti, *Les Étolien. Image et religion*, Paris 1990.

¹³ F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris 1980.

¹⁴ Hanson, 38, sigs., *et passim*.

¹⁵ D. Kagan, *The Archidamian War*, Ithaca-Londres 1974, 211.

¹⁶ Como señala Hanson, 38, sigs., *et passim*.

versos 151-64, Lico habla con desprecio de las hazañas del héroe, conseguidas con el arco, a las que contrapone el heroísmo del guerrero portador del escudo y de la lanza, firme en su puesto. La contraposición es clara y se suele poner en relación con los hechos contemporáneos de Pilos y Delio. La posición de Eurípides es menos clara, pues Lico, el defensor de los hoplitas, es el tirano asesino que obtiene el puesto a través del crimen. El héroe arquero Heracles se contrapone ventajosamente en sus hazañas a personajes caracterizados como hoplitas, al estilo de Gerión, definido por el triple escudo, lanza y casco de algunas de sus representaciones¹⁷. Ideológicamente, se permitía la ambigüedad, pues el arquero no era sólo el personaje socialmente inferior, sino también el que se identificaba con el héroe civilizador de la prehistoria mediterránea.

Si a escala de las representaciones se permite esa ambigüedad, donde están implicadas las contradicciones generales de la historia griega, en la práctica concreta se muestra igualmente la inseguridad resultante del momento específico de la guerra y de su influjo sobre las alteraciones de la sociedad. El *epibátēs* en la nave recibe una consideración social que lo equipara a los arcontes, cuando se encargan, como en Tucídides, 6.32.1, de hacer las libaciones en copas de oro y plata. Tal prestigio, sin embargo, no se corresponde con su papel real en las batallas navales. De hecho, en este campo, su función iba quedando socialmente rota y, en la expedición a Sicilia, en 6.43, Tucídides dice que, del total de cinco mil cien hoplitas, la participación ateniense estaba formada por mil quinientos del catálogo y setecientos *thêtes*, como *epibátai* de las naves¹⁸. La intervención en la guerra naval va modificando paulatinamente la posición de los hoplitas¹⁹. La marcha misma de la guerra va definiendo sutilmente las relaciones hasta que, en 8.24.2, Leonte y Diomedonte, que reclutaron *epibátai* de entre los hoplitas del catálogo, tuvieron que hacerlo a través de una recluta forzada (*anankastóús*)²⁰. Aristóteles, en *Política*,

¹⁷ LIMC, s.v. *Geryoneus*, 1-4; D. Plácido, *La imagen griega de Tarteso*, en J. Alvar - J.M. Blázquez, *Los enigmas de Tarteso*, Madrid 1992, 81-89.

¹⁸ KJ. Dover, en *HCT*, IV, 310, piensa que los *epibátai* debían de ser normalmente *thêtes*.

¹⁹ Ver Vidal-Naquet, *La tradition*, 172.

²⁰ No se justifica la interpretación de Dover, IV, 310 y reiterada por A. Andrewes, *HCT*, V, 56, en nota a este último texto citado. Tucídides, 3.98.4, y Aristóteles, *Pol.* 7.6.8 = 1327b 9-15, citados por ellos mismos, parecen suficientes para que haya que buscar la explicación más bien en circunstancias cambiantes y condiciones

7.6.7-8 = 1237a 3-15, en un texto evidentemente posterior a la realidad aquí descrita, expone las aspiraciones de una ciudad adecuada a los ideales hoplíticos en el momento de plantearse la necesidad de poseer una flota. En ella, el soldado debe ser libre y de a pie, para controlar la marina, mientras que los marinos deben salir de los periecos y cultivadores de la tierra que, por otra parte, no tienen por qué formar parte de la ciudad. La situación es la contraria de la que se está produciendo en la Guerra del Peloponeso, en que los *thêtes* ciudadanos, equiparables al perieco desde el punto de vista de quien identifica ciudadanía con posesión de la tierra, son quienes ejercen como soldados de infantería en las naves, entre otras cosas, porque son quienes tienden a controlarlas en la ciudad democrática. El libro VIII de Tucídides se refiere a momentos socialmente críticos en el desarrollo de la guerra. Para los hoplitas del catálogo, intervenir en una lucha naval en cuyos objetivos no participan se convierte en motivo de aparente resistencia. Para el año 409, sin embargo, Jenofonte establece una distinción, en *Helénicas*, 1.2.7, al referirse a las operaciones de Trasilos en Éfeso, en las que desembarcó, por un lado, a los hoplitas y, por otro, a los caballeros, peltastas, *epibátai* y a todos los demás. Aquí sí parece haberse impuesto una distinción del hoplita y del *thês* embarcado, producto de la agudización de la coyuntura que había llevado antes a embarcar a éstos últimos como si fueran hoplitas.

Lo canónico es la interpretación de Aristóteles, que corresponde al hecho de que los *thêtes* no defienden la ciudad y, por tanto, no disfrutan de la ciudadanía. Es también lo que se desprende del uso de los términos *thêtes* y *thetikón* por los oradores, según el *Léxico de Harpocración*, s.v., que cita a Antifonte indignado: «hacer hoplitas a todos los *thêtes*», reacción ante los trastrueques sociales que se operan en los momentos finales de la guerra²¹. El lexicógrafo deduce que eran los más pobres (*aporótatoi*) y que no tomaban parte en ningún cargo porque no formaban parte del ejército (*ouk estrateúonto*), citando a Aristófanes. El problema estribaba en que durante la Guerra del

excepcionales propias de la guerra y de los cambios sociales de Atenas durante la misma, que obliga a reclutar *thêtes* para funciones originariamente desempeñadas por hoplitas.

²¹ Sobre la definición política del orador, ver D. Plácido, *Antifonte*, en M.J. Hidalgo, *La Historia en el contexto de las ciencias humanas y sociales. Homenaje a M. Vigil*, Salamanca 1989, 29-36.

Peloponeso sí se operaban transformaciones que permitían que los metecos participaran en las expediciones hoplíticas²², del mismo modo que los *thêtes* realizaban la función naval propia de los hoplitas, la del *epibátes*, entre otras cosas porque los hoplitas como *epibátai* perdían en gran medida su propia naturaleza como hoplitas. Éste está entrenado para combatir en tierra en determinadas formas de alineación y en un lugar especialmente elegido para ello, para combatir dentro de un colectivo tribal, para lo que se necesita una preparación específica²³, que practicaban más los espartanos que los atenienses, según Pericles en el discurso fúnebre de Tucídides, 2.39.1. Pero el mismo Pericles, algo más adelante, en 2.42.4, alaba las virtudes hoplíticas del pueblo ateniense. Se halla sumido en una contradicción al defender una política que pretende prescindir de los hoplitas y contar con ellos como ejército, aunque sus intereses económicos quedaran relegados, olvidando que el ejército hoplítico funciona porque se siente solidario con la ciudad en la defensa de intereses comunes que tradicionalmente van vinculados a la tierra. En este período, funciona, con todo, el peso ideológico que Pericles quiere mantener para fomentar la solidaridad, pero en conflicto con las realidades básicas que han desarrollado tales formas ideológicas, por lo que es el momento en que se agrietan los lazos propios de la ciudad como comunidad básicamente hoplítica. Por mucho que el *epibátes* conserve en la nave su prestigio social, la superioridad de los intereses contrapuestos y las derrotas militares consiguen reducir la capacidad de la institución política ciudadana para mantener los lazos vinculantes.

Desde que se inició la guerra propiamente dicha, en 431, las acciones de los hoplitas atenienses se hallan mayoritariamente vinculadas a las naves, una vez adoptada la estrategia por la que no se protegían los territorios del Ática ante las incursiones peloponésicas. Las cien naves encargadas, como contrapartida, de devastar las costas del Peloponeso llevaban, según Tucídides, 2.23.2, mil hoplitas y cuatrocientos arqueros. Si los espartanos no han conseguido que los atenienses movilizaran sus tropas de tierra para salirles al encuentro, tampoco han impedido que realizaran sus expediciones navales. Ahora bien, tanto el número de naves y hombres como la duración de

²² Vidal-Naquet, *La tradition*, 172.

²³ Hanson, 60, sigs.

la campaña hacen pensar²⁴ que los objetivos navales están contaminados por los hoplíticos, que quedarían no tanto abandonados como desplazados para hacerlos coincidir con los de la «masa náutica». Así se explicaría la mención específica, por parte de Tucídides²⁵, de los hoplitas, encargados de devastar las tierras del Peloponeso, como contrapartida a sus propias pérdidas, y de forzar así a los espartanos a abandonar el Ática. La forma de actuar de los atenienses, sin embargo, los perjudicó, pues, según Tucídides, 2.25.2, Brasidas se presentó con un ejército de cien hoplitas, los sorprendió dispersos por el territorio de Metona y los obligó a recluirse. Los hoplitas, en definitiva, seguían sin tener oportunidad para actuar como tales. La contrapartida real estuvo en el masivo ataque a Mégara, con diez mil hoplitas, donde participaron también los que habían ido a la expedición en torno al Peloponeso (2.31). De todos modos, la fuerza se hallaba dispersa por causa del asedio de Potidea, donde había tres mil hoplitas, por lo que entonces fue la primera vez que los hoplitas metecos participaron en una campaña exterior, donde también participó una multitud no pequeña de *psiloi*, soldados de armamento ligero, *thêtes*²⁶. La expedición, como gran manifestación hoplítica y ciudadana, estaba contaminada, pero desempeñaba una función patriótica, ideológica, materializada en la presencia del propio Pericles como estratega²⁷. La causa de esta expedición en concreto puede atribuirse²⁸ a los efectos del decreto de Carino, citado por Plutarco, en su *Vida de Pericles*, 30, que prescribía que cada año se devastara el territorio de Mégara, entre otras muestras de hostilidad, en represalia por el asesinato de Antemócrito, heraldo ateniense que había recibido la muerte en la Megáride cuando iba a comunicar el decreto de Pericles sobre exclusión de puertos y mercados. Existe una tendencia a mezclar todos los elementos de las relaciones entre Atenas y Mégara para convertirlos en una de las causas de la Guerra del Peloponeso, lo que parece el resultado de ciertas confusiones procedentes de las mismas fuentes antiguas²⁹. Resulta notable, sin embargo, que estas acciones hoplíticas

²⁴ Kagan, 58-59.

²⁵ Gomme, en *HCT*, II, 80, también defiende que los *epibátai* normalmente son *thêtes*. Cf. *supra* n. 18.

²⁶ Gomme, *ibid.*, 93.

²⁷ Kagan, 63.

²⁸ Como hace Kagan, 64.

²⁹ G.E.M. de Ste.-Croix, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres 1972, 225,

puedan considerarse resultado de los enfrentamientos anteriores con Mégara, dado que en ello lo que se revela importante, por ejemplo en Tucídides, 1.139.2, es la disputa por la tierra fronteriza y la acogida de esclavos fugitivos, factores que afectan a la economía de los agricultores fronterizos de manera especial, lo que puede aparecer como el elemento principalmente hoplítico, si no de las causas, sí de los primeros momentos de la guerra. De todos modos, el otro factor que se cita, en Tucídides, 1.67.4, el que afecta al uso de ciudades y puertos, no tiene por qué estar excluido, pues de hecho las expediciones contra Mégara se acabaron con la conquista del puerto de Nisea en 424³⁰. Así se nota que, en la política de Pericles, la concentración coyuntural en el plano de los intereses hoplíticos afectados por los acontecimientos de la guerra no impide que los controles marítimos prevalezcan como objetivo genérico, aunque aparezcan detrás de acciones material e ideológicamente dirigidas en su primer plano a satisfacer otras necesidades políticas e ideológicas.

También en el año 430 los atenienses hicieron una expedición para devastar las tierras del Peloponeso, como contrapartida expresa de la incursión espartana en Ática que llegó hasta la zona de Laurio. Iba Pericles y llevaba en las naves cuatro mil hoplitas, además de trescientos jinetes en naves entonces dispuestas por primera vez para ello, según Tucídides, 2.55-6³¹. Resulta interesante la participación de otro de los sectores que, durante estas fechas, se consideraba afectado negativamente por el tipo de política que hacía Pericles. Tucídides habla de que llegaron a concebir la esperanza de apoderarse de la ciudad de Epidaurio³², lo que sin duda habría transformado la táctica de Pericles en un ataque terrestre al estilo de la ciudad hoplítica, factor que no dejaba de estar presente en estos momentos a pesar del aparente monolitismo de la política seguida. Las campañas más agresivas se desarrollaban de hecho de aquella manera. Las victorias de las fuerzas atenienses ante las ciudades calcídicas de Tracia, según la narración de Tucídides, 2.79, constituían los logros del ejército hoplítico, frustrados por la actuación de caballeros y tropas ligeras.

sigs., y apéndices XXXV, sigs.

³⁰ Kagan, 64.

³¹ *HCT*, II, 162-64.

³² Kagan, 74.

Los hoplitas habían conseguido vencer y devastar los campos.

La tensión sigue manifestándose en las campañas de los primeros años de la guerra. Los estrategos no renuncian a conducir a las tropas de los hoplitas a realizar campañas en la tierra interior. Los resultados son variables, pero tienden a producir una imagen negativa. Los hoplitas que como *epibátai* habían ido en las naves de Formión a Naupacto intentan una expedición por los territorios de Acarnania. Iban con ellos hoplitas mesenios de los que habían sido asentados en Naupacto, donde al parecer los atenienses habían ayudado a organizar una *pólis* estructurada sobre el mismo sistema tradicional de ocupación de la tierra y defensa hoplítica del territorio. Pero las condiciones geográficas de Acarnania se revelan imposibles y las tropas vuelven a Atenas con el fruto exclusivo de la guerra naval, en la primavera de 428, según Tucídides, 2.102-03. Las situaciones difíciles se van multiplicando de modo contradictorio. Potidea cayó por fin ante el asedio, pero lo hizo a través de un acuerdo, aceptado por los estrategos atenienses, según Tucídides, 2.70, porque veían la situación precaria de sus ejércitos que, además, en palabras del mismo autor, en el momento de hacer el balance económico de la guerra para los atenienses, en 3.17, resultaban especialmente costosos, pues cada hoplita recibía una dracma para él y otra para su *hyperétes*. El asedio había provocado problemas ya anteriormente, pues dice el historiador, en 2.58, que la expedición de refuerzo enviada bajo el mando de Hagnón y Cleopompo había tenido que volverse parcialmente porque iba contaminada por la peste y había sembrado la enfermedad entre los de Formión. La situación era, consecuentemente, muy mala, para los combatientes y para el tesoro y, sin embargo, los atenienses acusaron a los generales de haber llegado a acuerdos precipitadamente, pues pensaban, según Tucídides, 2.70.4, que podían haber vencido a la ciudad de acuerdo con sus propósitos. No es fácil definir, dentro de la ciudadanía, qué sectores podían estar interesados en llevar el ataque hasta sus últimas consecuencias³³. Si la ciudad se entregaba y los atenienses pudieron luego enviar unos mil colonos para repartirse en lotes su territorio como cleruquías según las precisiones de Diodoro, 12.46.7, la única aspiración habitual que podía haber quedado sin satisfacer sería la de esclavizar a la población (*andrapodízein*), según las prácticas normales de la guerra en cada caso en que se producía una sumisión de este tipo, o la de que fueran los mismos potideatas

³³ Gomme, *HCT*, II, 204, para los argumentos que siguen.

los que cultivaran las tierras, como pasaría, poco después, en Mitilene. Los atenienses llegaron a un pacto con los habitantes de Afitis para que, a cambio de ciertos privilegios, se encargaran de la protección de la colonia (*SEG*, X. 67).

Dentro del episodio y de sus circunstancias, otro factor permanece como objeto de controversia, el de las dracmas recibidas por el hoplita y su *hyperétes* a lo largo de la campaña de asedio a Potidea³⁴. Normalmente, las referencias a la paga aluden a los marineros. Los hoplitas aperecen en Tucídides, 5.47.6, cuando se trata de la alianza por la que los estados contribuyen con el *sítos* para las tropas de los colaboradores. Los marinos, por otro lado, cobran habitualmente la mitad, tres óbolos. La situación al final de la guerra, cuando las tropas entran al servicio de Ciro, no es comparable, pues se mueve ya dentro del mundo en que pasan a predominar los sistemas basados en la contratación de tropas mercenarias. En los *Caballeros* de Aristófanes se han visto con frecuencia alusiones al episodio de Potidea³⁵. En la parábasis, interpretada como alegato contra Cleón y los hoplitas³⁶, en los versos 565-80, los caballeros se erigen en defensores de la ciudad gratis, noblemente, así como de los dioses «nacionales», *theoís epichoríois*, los del territorio. Tal vez los hoplitas de Potidea cobren por ir en las naves, como *epibátai*, con lo que abandonan la misión tradicional, ligada al territorio, para desarrollar campañas impropias, lejanas. En tales campañas, como les ocurre en general a los *epibátai*, experimentan una cierta alteración de su naturaleza social. Como los marineros, cobran, pero no sólo reciben el doble, sino que además también tienen la posibilidad de llevar a su servidor sostenido por el tesoro público en la misma cantidad. Seguramente, ésta era la circunstancia que no cabía en la mentalidad aristofánica, apegada a la tradición hoplítica, partidaria de aceptar el apoyo de los caballeros, y no de asimilarse a los miembros de la flota. Por estas fechas, de otra parte, empieza a plantear problemas el número de hoplitas del ejército ateniense. También fue un ejército de mil hoplitas atenienses el enviado a las órdenes del estratego Paquete a reprimir la revuelta de Mitilene en el otoño de 428. Tucídides, en 3.18, comenta que ellos mismos

³⁴ Ver la situación en W.K. Pritchett, *The Greek State at War*. I, Berkeley 1971 (repr. 1974), 14, sigs.

³⁵ Kagan, 98 y n. 85.

³⁶ Vidal-Naquet, *La tradition*, 174.

tuvieron que desempeñar las funciones de los remeros. Tanto si el motivo concreto se hallaba en la falta de dinero para pagar el *misthós* de los *thêtes* que habitualmente se dedicaban a ello, lo que reforzaría la opinión de que los hoplitas no lo recibían como tal, como si había que buscarlo en la crisis demográfica³⁷, lo que sería raro que no afectara incluso más específicamente a los hoplitas, es evidente, en cualquier caso, que, en sí mismo, resulta un hecho representativo de la crisis que introducía factores de indiferenciación entre los sectores sociales. Tradicionalmente, los remeros sólo actuaban en las naves, los hoplitas sólo combatían en tierra. El *epibátes* había sido un puente, al luchar en ocasiones desde las naves. Más grave era, ahora, que tuvieran que tomar los remos, como los *thêtes*. Las señas de identidad del hoplita, como guerrero y como miembro de un sector económica y socialmente definido, se deterioran cada vez más. Se ha visto que el episodio de Mitilene contribuyó a alterar muchos de los presupuestos ideológicos de la democracia ateniense. El de la indefinición de los hoplitas no sería uno de los factores menos importantes. En la misma fecha, los hoplitas que pudieron acudir para poner orden en la isla de Corcira, al mando de Nicóstrato, eran, según Tucídides, 3.75, los mesenios asentados en Naupacto. Los hoplitas son, en efecto, víctimas, caídos en la guerra, afectados por la peste, de una estrategia guiada genéricamente por intereses ajenos a los suyos y que los llevan a actuar en contra de sus propios presupuestos, tanto sociales como tácticos. Tucídides sabe calcular, en 3.87.3, que las pérdidas por la epidemia eran en 426 de cuatro mil cuatrocientos hoplitas y de trescientos caballeros, cifras que corresponderían aproximadamente a un tercio de la población³⁸, pero que entre los hoplitas resultaría incluso ligeramente más alta en proporción al total³⁹, pues Tucídides especifica que se trata de los encuadrados en la *táxis*, no del *ordo* hoplítico en su totalidad.

En el difícil año 426, la fuerza más importante que salió de Atenas, mayor que la que iba a recorrer las costas del Peloponeso, fue la que se iba a dirigir a Melos al mando de Nicias (3.91.1), seguramente porque, a los objetivos normales de devastar el territorio y, en caso favorable, intentar tomar una ciudad, se unía otro más directamente

³⁷ Gomme, *HCT*, II, 271.

³⁸ Kagan, 71.

³⁹ *HCT*, II, 388.

relacionado con las necesidades económicas que se hacían patentes en Atenas⁴⁰ y para el sostenimiento de las pagas en favor de los *thêtes*. Tucídides menciona a dos mil hoplitas, mientras que Diodoro, 12.65, habla de tres mil. Sólo consiguieron el primero de los objetivos, pues la ciudad resistió y los atenienses tuvieron que hacerse fuertes, pero los proyectos de Nicias eran evidentemente de gran alcance, pues, no sólo se unió luego a Hipónico en Oropo y el territorio de Tanagra, sino que continuó en las costas de la Lócride para dirigir posteriormente sus fuerzas contra Corinto, uno de los puntos neurálgicos de la alianza enemiga⁴¹, y continuar después a la Argólide. Diodoro, que parece mezclar los acontecimientos de varios años en una especie de narración de las 'gestas de Nicias', menciona también aquí la toma de Citera y la esclavización de la población de Tiras. La coherencia, no cronológica, del capítulo habría que buscarla tanto en el protagonismo del estratega como en el sentido agresivo de la política militar de los hoplitas integrados, durante algunos años de triunfo de las actitudes más belicistas, en la corriente dominante, de la que sin duda obtenían beneficios en la apropiación de tierras y de hombres. Tucídides se limita en el tiempo a desarrollar la continuación de las acciones de Nicias y, en 3.91.3, indica cómo en Oropo pasaron a avanzar por tierra, a pie, para dirigirse al territorio de Tanagra. Los avatares concretísimos de la guerra revelan las tensiones producidas por la confluencia de tácticas y aspiraciones de los sectores sociales.

En el episodio de Pilos, Demóstenes seguiría utilizando a los hoplitas mesenios, pero también tuvo que armar de mala manera a los marineros, según Tucídides, 4.9, con lo que se produce una nueva inversión, donde tienen que funcionar como hoplitas quienes, ni por entrenamiento militar ni por encuadramiento social, se adecuaban a las condiciones admitidas para ello. Cleón, en cambio, sí viene con un contingente de ochocientos hoplitas, que embarca para combatir en la isla de Esfacteria, donde se hallan los espartanos asediados (4.31.1). Sin embargo, cuando los hoplitas espartanos trataron de ordenarse para el combate hoplítico frente a los atenienses del mismo rango, no pudieron, pues quienes atacaban eran las tropas ligeras, mientras que

⁴⁰ Kagan, 198, sigs.

⁴¹ Todo ello según Diodoro, diferente de la narración de Tucídides, que retrasa la expedición contra Corinto hasta situarla después de Pilos. Ver H. Casevitz, *ad l.* CUF. Para otras diferencias, ver *idem*, 125, en relación con Tucídides, 4.42.

los hoplitas no les hacían frente, sino que permanecían inactivos (4.33). Cuando Tucídides (38.5) explica que el número de muertos atenienses, frente a la cantidad de espartanos caídos o apresados, había sido escaso, dice que no había habido una batalla regular (*stadía*), sometida a las normas del combate hoplítico.

Las acciones de Nicias en el plano militar continúan en la misma línea. En el verano de 424, en una expedición, se dirigen a Citera, isla habitada por periecos, según Tucídides, 4.53, que insiste en el interés que en ella tenían los espartiatas, pues venía a ser su puerto para las naves procedentes de Egipto y de África, punto de protección frente a piratas y lugar de contacto con Sicilia y Creta. La acción de Nicias, con dos mil hoplitas, no se dirige ahora hacia las ciudades para devastar sus territorios. Su objetivo parece doble. Por una parte, desde ahí se podía sustituir a los espartanos en el control de los mares, punto estratégico cuyas ventajas destaca Tucídides, en el plano militar como en el económico. Por otro lado, que la isla estuviera habitada por periecos controlados por una guarnición y un *kytherodikes* podía facilitar el intervencionismo a través de acciones que pudieran quebrar las estructuras espartanas, si los periecos aprovechaban la coyuntura para liberarse de sus dependencias. De hecho, en el movimiento rebelde que se concentró en el monte Itome habían participado periecos de Turios y Etea (1.101.2). Ahora, también, su resistencia fue mínima e inmediatamente llegaron a un acuerdo con Nicias (4.54). Tucídides indica que la rapidez se debió a ciertas conversaciones previas del estratega ateniense con algunos de ellos, que mostraron la conveniencia de los acuerdos, en una relación con los nuevos dominantes que muy probablemente no era peor que la sostenida con los espartanos. Así, cuando éstos tratan de recuperar el control, lo hacen con gran precaución, por temor a que las rebeliones pudieran aumentar los desastres de que recientemente habían sido víctimas (4.55). Citera se convirtió así para los atenienses en un punto de partida para devastar los territorios de la península, sin encontrar mucha resistencia, e incluso llegaron a colocar un trofeo, por una victoria en suelo laconio, evidentemente pequeña⁴², pero tal vez con ello se satisfacía el orgullo hoplítico, vencedor ocasional sobre tropas espartanas, que además habían puesto en desbandada a las tropas ligeras (4.56).

En el mismo año 424, los estrategos Hipócrates y Demóstenes

⁴² HCT, III, 512.

intervienen en Mégara a favor del *dêmos*. Fueron tropas ligeras y aliados de Platea los que permitieron que los hoplitas al mando del primero entraran en la ciudad de Nisea (4.67). A pesar de que se esperaban nuevos hoplitas, la intervención de los hoplitas de Brasidas frustró el plan para controlar Mégara, donde el dominio del territorio podía haberse sumado al del puerto de Nisea para satisfacer las aspiraciones de los sectores en acción.

Ya a principios del invierno, Hipócrates se presenta en Delio con un ejército masivo de ciudadanos, metecos y aliados (4.90)⁴³. Se trata de disponer una guarnición estable, mientras que las tropas ligeras se volvían tras haber realizado la fortificación⁴⁴. La importancia de los contingentes parecería estar en contradicción con la aparente modestia de los propósitos⁴⁵. Tal vez no fueran tan modestos, en el plano territorial, habida cuenta de la importancia del ejército hoplítico movilizado, tras el fracaso de Mégara. El problema estaba en la propia capacidad de la ciudad para movilizar el ejército hoplítico, lo que intenta suplirse a través de la leva en masa. Ahora bien, esto mismo planteaba otros problemas. Junto a los hoplitas alineados regularmente (4.94), tropas ligeras armadas como hoplitas, al decir de Tucídides, no había ni las había habido en la ciudad⁴⁶. Eran *psiloi*, sin armas, *áoploi*, extranjeros y ciudadanos de la *ásty*, posiblemente *thêtes*, que en su mayoría se habían vuelto nada más construirse la fortificación. El tono narrativo de Tucídides parece indicar un cierto reproche por el abandono a su suerte de las tropas hoplíticas.

Después de Delio, Nicias continúa las campañas en Tracia, pero, junto a un ejército de mil hoplitas atenienses, la mayoría del contingente era de peltastas aliados, arqueros o mercenarios tracios (4.129). De hecho, el desarrollo de la estrategia favorecía más a este tipo de tropas que a los hoplitas, al margen de que éstos fueran las principales víctimas de la derrota de Delio⁴⁷. Todos los factores se juntan para disminuir el protagonismo de los hoplitas que, en la principal acción, sólo pudieron intervenir a través de un cuerpo

⁴³ Vidal-Naquet, *La tradition*, 172.

⁴⁴ HCT, III, 559.

⁴⁵ Kagan, 282.

⁴⁶ HCT, III, 565.

⁴⁷ Kagan, 311-12.

selecto de sesenta hombres, mientras que el verdadero protagonismo estuvo en el resto de las tropas.

También Cleón se dirigió en 422 a la costa tracia con mil doscientos hoplitas, trescientos caballeros, fuerzas aliadas más numerosas y treinta naves (5.2.1). Tucídides aprovecha la oportunidad, mientras narra los preparativos para la batalla contra Brasidas, para señalar la prueba de la falta de coordinación entre Cleón y los ejércitos hoplíticos (5.10). Primero, para aplazar la batalla, mandó que se hiciera la maniobra por la izquierda, único modo posible según el historiador, crítico y estratega. El ejército hoplítico tenía que ofrecer el lado izquierdo, por el que se hallaban los soldados protegidos con los escudos. Cleón, sin embargo, creyó tener tiempo para maniobrar en sentido contrario y ofreció el lado desnudo al enemigo. Tucídides hace exclamar a Brasidas, lleno de alegría, que evidentemente tales tropas no tienen costumbre de hacer frente a un ataque. El espartano aprovechó la oportunidad que le daba el episodio, reflejo militar de los desajustes provocados en la ciudad cuando el ejército hoplítico subsiste, pero bajo el mando de individuos cuya extracción social y carrera política no se hallan vinculadas a la estrategia. La hegemonía de los demagogos concierne con los intereses de una parte de la población, pero no con el conjunto de ella, y sobre todo choca con las tradiciones hoplíticas. Los desajustes y faltas de entendimiento entre Cleón y el campesinado manifiestan aquí sus consecuencias en el plano de la vida militar. Ello ocurre, precisamente, en un momento clave, de inflexión, del desarrollo de la guerra, coincidente con la creciente agudización de los desajustes sociales.

Cuando, tras la paz de Nicias, vuelven a iniciarse los conflictos con la iniciativa de Argos y la de Alcibíades, estratega ateniense, éste tiene que conformarse con actuar «con pocos hombres atenienses», en palabras de Tucídides, 5.52.2⁴⁸. Luego, el estratega pudo convencer a los atenienses para que lo enviaran con mil hoplitas⁴⁹. Si los inicios de la nueva etapa bélica venían determinados por la conjunción de intereses imperialistas, entre *thêtes* y jóvenes aristócratas en trance de realizar carreras políticas y militares, también empiezan a interferirse nuevos factores que tienden a garantizar los controles de territorios de ciudades próximas y aliadas, que pudieran afectar a zonas en liti-

⁴⁸ HCT, IV, 69.

⁴⁹ HCT, IV, 76-77; D. Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Ithaca-Londres 1981, 87-88.

gio, campo de acción del hoplita ateniense, frustrado por las vicisitudes concretas de las últimas etapas de la Guerra Arquidámica, Mégara y Delio, principalmente. Luego (5.61), vino un nuevo refuerzo de mil hoplitas y trescientos caballeros, sin que Alcibíades fuera ya estratego⁵⁰. Diodoro, 12.79.1, habla de mil hoplitas selectos, al mando de Laqueto y Nicóstrato. La derrota de Mantinea pareció acabar con las renacidas aspiraciones territoriales. La nueva expedición hoplítica volvería al mar, para tratar de controlar la isla de Melos y hacerla permanecer dentro del imperio ateniense, según la narración de Tucídides, 5.84.1.

El número de hoplitas puede alterarse, sus intervenciones pueden resultar más o menos provechosas, pero para los estrategos, en sus discursos, cuando se trata de persuadir a la Asamblea para que se muestre favorable al inicio de una campaña, lo que se destaca no es principalmente la existencia de una fuerza capaz de hacer frente al enemigo, como se ve en el discurso de Alcibíades previo a la expedición a Sicilia, en Tucídides, 6.17.4. Esta argumentación se encuentra en un planteamiento más general que se refiere a la coherencia social. La masa de la población de los enemigos aparece como absolutamente heterogénea, que no se siente vinculada a una unidad llamada patria, ni llega a crear una opinión común, sino que se deshace en luchas internas. La conclusión alternativa es que en Atenas los hoplitas constituyen el reflejo de la coherencia social. De hecho, si puede decirse que las propuestas de Alcibíades reciben fundamentalmente el apoyo de los *thêtes*, interesados de modo específico en el fortalecimiento del imperio, y que en frente se va configurando una postura común que pretende asimilar el descontento de los hoplitas a los intereses aristocráticos, también es cierto que tal pretensión se mueve en un mundo dúctil, donde, para los hoplitas, representa una fuerza ideológica importante la existencia de la *pólis* como unidad coherente, de la que ellos mismos se sienten representación y símbolo. Los hoplitas son, por lo menos desde Maratón, *la ciudad*. Su actitud choca contra lo que consideran elementos disolventes, pero tienden a la integración. Contradictoriamente, el hoplita acepta su misión patriótica, aunque en principio resulte lejano el provecho que pueda obtenerse, aunque este provecho esté definido fundamentalmente en favor del *dêmos* urbano que podría pasar a vivir de manera

⁵⁰ Kagan, *Peace*, 102.

definitiva del *misthós*. Resulta que, en efecto, sean quienes fueren los beneficiarios de la expedición, lo fundamental es, según Nicias, que lleve un fuerte contingente hoplítico (6.22), sostenido por dinero y transportes, dedicados más bien al aprovisionamiento que a las acciones navales propiamente dichas. En lo que en cierto modo constituye una paradoja, lo fundamental para Nicias son los hoplitas y su aprovisionamiento, mucho más que las fuerzas navales. Las naves habían de ser principalmente 'portadoras de hoplitas' (*hoplitagogoús*) (6.25)⁵¹.

Nicias no habla de caballería, a pesar de que anteriormente se ha referido a la superioridad siracusana en este terreno⁵², ni de *thêtes*. La campaña se plantea una vez más, a pesar de todo, como una campaña hoplítica. De cualquier modo, al menos desde el punto de vista del discurso del siracusano Atenágoras, en Tucídides, 6.37, las fuerzas hoplíticas transportadas en barcos nunca podrían ser equiparables a las suyas propias, que van a combatir en su terreno. Se marca así la paradoja de la existencia de un imperio marítimo sostenido por una fuerza hoplítica. Según su opinión, es ya difícil hacer esa expedición simplemente con la nave. Viene a ser la paradoja, cada vez más puesta de relieve, de la *pólis* democrática ateniense. De hecho, por otra parte, el contingente hoplítico resultaba socialmente heterogéneo (6.43), con hoplitas del catálogo y *thêtes* en funciones de *epibátai*, con aliados y con mercenarios. Frente a este ejército heterogéneo de hoplitas, Tucídides señala, en 6.98.4, cómo los atenienses obtienen la victoria y erigen un trofeo cuando una sola tribu de hoplitas, es decir, los hoplitas constituidos tradicionalmente a la manera tribal, en sólo una de sus fracciones, combate apoyada por la caballería. La pureza hoplítica triunfa apoyada por los caballeros, la alianza preconizada frente al imperialismo de los *thêtes*, no como fuerza integrada con éstos, al menos en la visión transmitida por el historiador ateniense. En cambio, cuando son los arqueros los que acuden en socorro de la primera tribu, en 6.101.5, no sólo no consiguen nada, sino que perecen sus jefes y, entre ellos, Lámaco.

Durante toda la guerra no se dejaron de enviar hoplitas a Sicilia. Demóstenes se llevó, en 413, mil doscientos más del catálogo, aparte de los aliados (7.20.2), al margen de que continuaban las misiones en

⁵¹ Para el texto, algo confuso, *HCT*, IV, 263. Ver J.S. Morrison - R.T. Williams, *Greek Oared Ships, 900-322*, Cambridge 1968, 247. Sobre el tipo concreto de naves y sobre la problemática correspondiente, *HCT*, IV, 309.

⁵² Kagan, *Peace*, 241.

torno al Peloponeso. Sin embargo, seguían combatiendo en una mezcolanza con aliados y bárbaros, como en 7.42. La moral subía, de todas maneras, y los siracusanos quedaban perplejos ante la capacidad reproductiva del Imperio ateniense. Durante un tiempo, fueron capaces de devastar el territorio siracusano, pero, en los ataques sucesivos, pronto empezaron a perder el orden y a avanzar *en ataxidai* (7.43). En la estrechez de los territorios (*stenochoria*), la labor de los hoplitas se hizo más difícil (7.44) y así comenzaba el camino que llevaba a la derrota. Cuando Nicias, más tarde, arenga a sus tropas para el combate naval, en Tucídides, 7.63.1-2, centra su atención en los hoplitas, para quienes están puestas las esperanzas en el enfrentamiento que se produce entre los hombres de las naves. Tendrán que pensar, añade, en 7.64, que ya no quedan hoplitas en la edad correspondiente, por lo que la alternativa será caer bajo el poder de los siracusanos. En este aspecto, también afecta a los hoplitas el programa imperialista. Si Atenas deja de dominar, ahora, en la actual situación, cuando se ha lanzado a esa empresa conquistadora, la derrota significará el dominio siracusano y espartano. En definitiva, las anteriores expectativas de dominio no sólo favorecían a quienes esperaban vivir del *misthós*, sino que también, según Diodoro, 13.22, esperaban distribuirse Sicilia en lotes de tierra (*kataklerouchein*)⁵³, es decir, que también los cultivadores pensaban hallar ventajas, en una distribución de tierras que, probablemente, tenía que ir acompañada de algún modo de sumisión de las poblaciones locales al estilo de la realizada en Mitilene.

Tucídides, según su costumbre, contrapone al discurso de Nicias otro de Gilipo para arengar a los peloponesios. En él, en 7.67.2, se plantea cuál ha sido el giro de los acontecimientos. La batalla naval se transforma en batalla terrestre y el combate hoplítico favorecerá así a los suyos, porque en ese combate se pondrá de nuevo de manifiesto el carácter heterogéneo de los contrincantes. Los cambios sociales, internos, de Atenas, favorecen la táctica de los peloponesios cuando el combate naval ha llegado definitivamente a transformarse en combate de hoplitas.

En la Guerra del Peloponeso las transformaciones sociales afectan a todas las estructuras sociales y se manifiestan de diversas maneras. Cuando se planteó la expedición a Sicilia, casi todos

⁵³ HCT, IV, 443.

pusieron en ella sus esperanzas, precisamente porque la situación interna de Atenas era grave, pero tal gravedad sólo puede agudizarse cuando la población ateniense, en crisis, se enfrenta a una empresa de tal calibre. Los hoplitas mismos tenían aspiraciones que les hacían conservar la cohesión, pero eran cada vez más frecuentes los episodios que ponían de relieve su falta de integración en las líneas generales de la política dominante. La perplejidad se manifiesta como reacción constante. Aparentemente dominantes en la *pólis*, ven sus aspiraciones relegadas. En lo concreto, sin embargo, los efectos de la alteración social se manifestaron plenamente cuando, en la retirada, en Sicilia, hoplitas y caballeros, contra sus hábitos, tuvieron que llevar sus propios víveres, por falta de servidores o simplemente porque desconfiaban de ellos (7.75.5). No es preciso insistir ahora en el detalle explícito de que los hoplitas iban a la guerra acompañados de sus servidores, detalle indicativo de la profundidad que alcanzaba la penetración del sistema esclavista en la vida productiva y reproductiva y del carácter de la guerra como prolongación del sistema⁵⁴. Pero la guerra, efecto de los extremos del sistema, es también un factor de alteración del mismo, pues, según palabras de Tucídides, si desde hacía tiempo se producían desertiones entre la servidumbre, ahora había más que nunca. Ello no obsta para que Nicias, para levantar la moral de los hoplitas, recurra, en 7.77, a los valores tradicionales que los identifican con los ejércitos que marchan en orden y sin perder la moral, porque ellos mismos, donde estuvieran, constituirían inmediatamente la *pólis*. Ésta, convertida en ideología, pretende servir de factor de integración de los elementos que la componen, el hoplita ciudadano y campesino y las relaciones de dependencia individuales.

Tucídides, 8.1.2, se hace eco, numéricamente, de la pérdida de hoplitas y de caballeros, de la juventud, de las naves y del dinero. Son también los elementos clave que marcan el ascenso imperialista ateniense y su decadencia⁵⁵. El imperio ha necesitado a los hoplitas y la pérdida de hoplitas resulta efecto y causa de su caída. Luego, ya vendría el momento en que la recluta de *epibátai* entre hoplitas del catálogo tiene que hacerse por la fuerza (8.24.2), afirmación precaria de los hoplitas ante una utilización bastarda, síntoma al mismo tiempo

⁵⁴ HCT, IV, 452.

⁵⁵ Datos demográficos concretos en D. Kagan, *The Fall of Athenian Empire*, Ithaca-Londres 1987, 1, sigs.

del inicio de la decadencia para su propio protagonismo en la *pólis*. Para la expedición de Frínico a Samos y Mileto, los atenienses tuvieron que armar como hoplitas a quinientos *psilot* de los argivos (8.25.1). Sin duda, a los problemas demográficos se suma ahora la conflictividad interna que ni siquiera permite que los *psilot* sean *thêtes* atenienses, situación procedente de la lucha social relacionada con la oligarquía de los Cuatrocientos. Muchas de las intervenciones de hoplitas se hacen además en naves de transporte (8.30.2; 62.2), donde no coinciden con los marinos. En la ciudad, todavía se manifestaba cierta capacidad de resistencia cuando, en el verano de 411, Agis se presentó ante Atenas y le salieron al encuentro, sin que hubiera movimiento interno, como aclara Tucídides, 8.71.2, los caballeros y parte de los hoplitas, los *psilot* y los arqueros. A pesar de las peticiones de paz de los Cuatrocientos, en Atenas había alguna determinación para ofrecer resistencia⁵⁶. En el momento clave, los hoplitas se movieron contra la oligarquía de los Cuatrocientos (8.92), en una posición favorable a la defendida por Terámenes. Seguramente, la llamada *mése politeta* buscaba sus apoyos sobre todo en estos sectores, situación coincidente con las ambigüedades políticas de los hoplitas, que se mueven en una democracia en la que se sienten descontentos, pero que no se inclinan claramente hacia la oligarquía. Las aspiraciones de ésta no hallan eco en quienes pretenden una participación reconocida en organismos de gobierno colectivo, identificables con la *pólis*. La democracia de los *thêtes* tampoco representa sus intereses, pues orienta la participación colectiva hacia fines que no coinciden con los suyos. Pero, ahora, los hoplitas tomaron una actitud activa y consiguieron concesiones de los oligarcas (8.93). Según Tucídides, los empujaba el temor por la existencia de todo 'lo político', de sus derechos como ciudadanos y, en definitiva, de la *pólis* misma como institución con la que se sienten identificados, por lo que buscaban nuevamente la concordia, que ahora se traducía en la alianza con los oligarcas para conservar los derechos propios y para que, militarmente, una expedición como la de Sicilia no les hiciera perder la confianza en sus servidores.

En relación con los Treinta, la reacción fue parecida y los hoplitas se unieron a la resistencia, pero ahora compartían la posición con los *gymnêtai*, según cuenta Jenofonte, en *Helénicas*, 2.4.25. En la batalla del Pireo, combatieron igualmente junto a los *psilot* y con Trasibulo

⁵⁶ Kagan, *Fall*, 167.

llevaron el principal cometido (2.4.33-34), aunque también había hoplitas entre las tropas de los oligarcas (2.4.6-10). En las acciones anteriores, tanto con Trasilo como con Alcibíades, la expresión de Jenofonte, en *Helénicas*, 1.2.3 y 16; 3.3 y 6, hace pensar que la participación hoplítica es subsidiaria de los peltastas o de la de los caballeros, a pesar de que, al principio, la retirada de Agis había favorecido la aprobación de un decreto para concederle a Trasilo mil hoplitas para continuar la guerra (1.1.34)⁵⁷. Los hoplitas del catálogo habían estado reunidos en el Odeón en el momento de la declaración oligárquica de Critias (2.4.9), pero de nuevo se mostraba que la conservación de la *politeta* no pasaba para ellos por el sistema oligárquico.

En el plano militar, a pesar de todos los cambios, la ciudad sigue siendo fundamentalmente hoplítica, pero, como los cambios son igualmente reales, la situación del hoplita se ve alterada de tal modo que, aunque ellos llevan el peso militar, las circunstancias los arrastran a una cierta posición de inferioridad que se manifiesta, internamente, ante los *thêtes* y, externamente, ante la superioridad hoplítica de los espartanos. Brasidas, en Tucídides, 8.87.6, así lo pone de manifiesto. Incluso en las costas son superiores si están presentes los ejércitos hoplíticos. Incluso en la nave, en Siracusa, la forma de combate hoplítico favorecía a los lacedemonios. Los hoplitas, en Atenas, a través de la guerra, experimentan un conjunto de sutiles transformaciones que, sin que resulten el final de su papel en la ciudad, lo alteran, dejándolo en un lugar imprescindible pero, al mismo tiempo, subsidiario, capaz de influir sólo como centro de engranaje entre fuerzas políticas y sociales mejor definidas, pero incapaces de imponerse, entre los oligarcas y la democracia de los *thêtes*. Su triunfo consiste en la derrota de los demás y en la conservación de un papel mediador dentro de un panorama en que los propios objetivos quedan indefinidos o, mejor, definidos como tales, de acuerdo con el papel que les corresponde.

En este sentido, la Guerra del Peloponeso, para Atenas, se caracteriza por que el ejército hoplítico sigue siendo imprescindible, pero no para misiones propiamente hoplíticas, ni en una composición puramente hoplítica. El fenómeno va acompañado de manifestaciones ideológicas que aparecen en todos los medios de difusión de ideas. La

⁵⁷ *Idem*, 234; 263 y 268 sobre las implicaciones de la concesión en la política externa.

figura del hoplita se idealiza más allá de su propia misión como tal para, apartado de su realidad, cobrar vida en el mundo imaginario, resultado de que su nueva misión se aparte en dirección contraria de sus objetivos más identificados con su naturaleza originaria⁵⁸. La nueva misión sólo se prestigia si va cargada de un fuerte componente ideológico.

Desde los primeros años de la guerra, ante la invasión del Ática por los peloponesios, la caballería ateniense tomó la costumbre, según Tucídides, 3.1.1, de hacer incursiones en los alrededores de la ciudad para impedir que las tropas ligeras enemigas se acercaran demasiado a devastar las tierras próximas⁵⁹. Tales experiencias iniciales no fueron, con todo, muy positivas, pues en el primer año la caballería ateniense, juntamente con la tesalia, había sufrido en tales circunstancias una derrota ante la caballería beocia (2.22.2). Otra misión importante desempeñada principalmente por la caballería en los primeros años de guerra fue la de devastar por dos veces anualmente el territorio de Mégara (2.31.3). Las salidas a los alrededores continuaron haciéndose por lo menos hasta la ocupación de Decelia (7.27.5). También salieron los caballeros a proteger la ciudad cuando Agis intentó el ataque en plena época de revoluciones del año 411 (8.71.2). Posteriormente, restaurado el sistema, Trasilo aprovecharía el éxito obtenido en la resistencia ante un nuevo ataque de Agis para realizar una leva con una participación de la caballería, según cuenta Jenofonte, *Helénicas*, 1.1.33.

Pocas fueron, pues, las campañas que realizaron lejos de Atenas y éstas tenían fundamentalmente como misión proteger el territorio propio o devastar el ajeno, hasta la época de la expedición a Sicilia, a la que, tras algunas reticencias, se sumaron los caballeros. Tucídides, en 3.16.1, señala específicamente que, en el momento de emprender la expedición a Lesbos, en 428, en una situación difícil, porque las tropas se hallaban ocupadas en otros lugares, se vieron obligados a utilizar como remeros a los hoplitas⁶⁰ y a enviar a los metecos, pero

⁵⁸ V.D. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, Pisa 1983, 146, sigs. Ver reseña de J. Ober en *Helios*, 12, 1985, 91-101.

⁵⁹ Sobre la importancia de este tipo de defensa, I.G. Spence, *Perikles and the Defence of Attica during the Peloponnesian War*, *JHS*, 110, 1990, 91-109, sobre todo págs. 102, sigs. De Tucídides, 4.94.1, deduce que, antes de 424, Atenas no ha podido usar para eso tropas ligeras.

⁶⁰ Ver *HCT*, II, 271; Kagan, *Archidamian*, 141.

quedaron exceptuados caballeros y *pentakosiomédimnoi*. Así pues, si bien los hoplitas se ven obligados a hacer la guerra naval, los caballeros quedan exentos, hasta el momento de la expedición a Sicilia y cuando ya la situación resultaba peligrosa para Atenas.

A lo largo de la guerra, parece confirmada la reducción considerable del número de caballeros, a partir de los datos numéricos de la historiografía y de algunas inscripciones⁶¹. Sin embargo, su espíritu de cuerpo se vio reforzado⁶², lo que desde luego tuvo consecuencias de diverso orden. Por un lado, su nueva posición favorecía el fortalecimiento ideológico de su papel como clase y la tendencia a integrarse en movimientos antidemocráticos⁶³. Por otro lado, con ello se facilitó la recuperación de prácticas religiosas arcaicas que daban un nuevo tono arcaizante a los rituales tendentes a lograr la cohesión de la comunidad⁶⁴. La caballería, en decadencia funcional desde que se habían desarrollado los ejércitos hoplíticos en la pólis, encuentra una nueva misión al alterarse la función hoplítica y diversificarse la acción guerrera. Los caballeros protegen el territorio próximo frente a tropas ligeras o se unen a tropas ligeras en acciones donde se requiere gran movilidad. Finalmente, incluso participan en acciones a larga distancia como la de Sicilia. La nueva caballería recupera en la pólis el papel del *kaloskagathós* tradicional, lo que la llevó a colaborar en los movimientos oligárquicos, aunque su ambigüedad le permitía al tiempo colaborar en la defensa de la pólis. Sus rasgos llegarían a plasmarse en la configuración teórica del personaje noble diseñado por el "caballero" Jenofonte, partidario igualmente del mantenimiento de las características de la pólis y de la exaltación aristocrática que podía llegar a definirse incluso como *basileta*⁶⁵.

Dentro de los mil doscientos caballeros que Tucídides contabiliza en 2.13.8, incluye a los *hippotoxótai*, que luego aparecen mencionados aisladamente en expediciones lejanas, a Melos o a Sicilia⁶⁶. Sólo

⁶¹ I.G. Spence, *Athenian Cavalry Numbers in the Peloponnesian War*. IG I³ 375 revisited, *ZPE*, 67, 1987, 167-175.

⁶² G.R. Bugh, *The Horsemen of Athens*, Princeton 1988, 81, sigs.

⁶³ *Idem*, 119, sigs.

⁶⁴ Ver D.G. Kyle, *Athletics in Ancient Athens*, Leiden 1987, 53, sigs.

⁶⁵ D. Plácido, *Economía y sociedad. Pólis y Basileta. Los fundamentos de la reflexión historiográfica de Jenofonte*, *Habis*, 20, 1989, 135-53, y *La teoría de la realeza y las realidades históricas del siglo IV a.C.*, en J.M. Candau - F. Gascó - A. Ramirez de Verger, *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid 1988, 37-53.

resulta suficientemente claro que poseían un rango inferior a los caballeros normales. Ahora bien, más que de mercenarios⁶⁷, parecería tratarse de ciudadanos que recibían un *misthós*, como ocurre en general con los *thêtes*⁶⁸. Puede tratarse de una forma de manifestarse en la caballería las diferencias internas del cuerpo cívico, aunque subsisten problemas sobre los escitas, que formaban además el cuerpo de policía de la ciudad. La solución ofrecida⁶⁹, de que la vestimenta escítica era más bien simbólica del poder de las grandes familias, cuyos clientes o *hyperétai* se vestían así para señalar su inferioridad y acompañaban a su señores, *hippótai*, al combate, resulta objeto de discusión. La práctica estaría heredada de los jonios, cuyas familias coloniales ya lo habrían hecho por haber estado en contacto con los escitas en los asentamientos del Mar Negro. En cualquier caso, los arqueros se encuentran en varias misiones unidos a tropas ligeras, formadas por *thêtes*, o embarcados, al parecer de modo normal, en número de cuatro junto a los diez hoplitas *epibátai*, que harían la guerra desde las naves en los encuentros en alta mar como tropas de tierra. En tanto que tropas ligeras, los arqueros se habían hecho especialmente útiles tras los enfrentamientos de Demóstenes con los pueblos del noroeste, donde habían fracasado los hoplitas. Su presencia, como la de los *psiloi*, constituía un factor coadyuvante a la crisis de los valores hoplíticos en la época de la guerra. Hay ejemplos, sin embargo, en que las inscripciones revelan casos de *toxótai* bárbaros⁷⁰.

Desde el principio, entre peloponesios y atenienses se plantean las disyuntivas referidas al uso del dinero. El hecho de que los atenienses lo usen se interpreta por los peloponesios como un modo de pago de tropas mercenarias. Pero el *misthós* no es el salario de un mercenario, sino el pago por funciones cívicas, en una ciudad donde éstas se abren a los ciudadanos sin recursos. Las tropas mercenarias proceden de los aliados, se usan por primera vez en la expedición a Sicilia⁷¹ y posiblemente se trataba de mercenarios de los aliados, no

⁶⁶ HCT, II, 40-41.

⁶⁷ J.K. Anderson, *Ancient Greek Horsemanship*, Berkeley-Los Angeles 1961, 128.

⁶⁸ A. Plassart, *Les archers d'Athènes*, REG, 26, 1913, 200, sigs.

⁶⁹ *Idem*, 181, sigs.

⁷⁰ D.W. Bradeen, *The Athenian Casualties Lists*, CQ, 19, 1169, 149.

⁷¹ W. Parker, *Greek Mercenary Soldiers*, Oxford 1933, 15, sigs.

pagados por Atenas. La enumeración de Tucídides, en 6.43, incluye, independientemente, hoplitas del catálogo y *thêtes*, y, por otra, los aliados, entre los que hay procedentes de las ciudades sometidas, además de argivos y mantineos, y mercenarios. Además de éstos, hay arqueros, honderos, *psiloi* y caballeros. El texto, confuso, permite pensar en mantineos mercenarios de los atenienses⁷² o en mercenarios de los mantineos al servicio de los atenienses como Alcibiades (6.29.3). El texto anterior enumera mantineos y mercenarios. Por otra parte, es cierto que Alcibiades, en 6.22, ha propuesto obtener hoplitas en el Peloponeso por la persuasión o por medio del *misthós*. Se plantea el problema sobre cuál es el tipo de relación que Alcibiades ha llegado a crear con los habitantes de Mantinea y cómo es en ese momento allí la estructura social sobre la que se basa el sistema militar. En 7.57, 9, Tucídides resulta claro, pero plantea nuevos problemas en ese sentido. Parece referirse a mantineos y otros mercenarios de los arcadios, aunque pudiera traducirse como mantineos además de mercenarios arcadios, pues es de éstos de quienes se dice que van a tener que combatir contra los arcadios que luchan junto a los corintios. Su modo de relacionarse, entre individuos y comunidades, así como en contacto con ciudades más desarrolladas, tal vez dé la clave para comprender el tipo de dependencia que lleva a esos arcadios a combatir por la ganancia (*kérdos*)⁷³. Tal vez no sea ajeno a este fenómeno el hecho de que todavía en el año 370 en Arcadia no se hubiera llegado a una situación integrada, a lo que se trató de ponerse remedio con la fundación de Megalópolis⁷⁴.

También vinieron tropas de los tracios, pueblo con el que las relaciones revestían características específicas, de pactos con jefes que proporcionan hombres de los que estaban sometidos, según Tucídides, 2.96, pero también otros que venían persuadidos por el *misthós*. En 413 se presentó en Atenas un contingente de peltastas (7.27.1), pero circunstancias concretas y oscuras hicieron que los atenienses los obligaran a volverse. Sus acciones bárbaras en Micaleso llevan a la

⁷² HCT, IV, 31.

⁷³ Ver P. Ducrey, *Guerre et guerrières dans la Grèce antique*, Paris 1985, 121, sigs.

⁷⁴ P.R. McKechnie, *Outsiders in the Greek Cities in the Fourth Century B.C.*, Londres-Nueva York 1989, 25, 47. Algunos datos de épocas posteriores pueden resultar ilustrativos; ver W.E. Thompson, *Arcadian Factionalism in the 360's*, *Historia*, 32, 1983, 155, sigs.

conclusión de que los soldados mercenarios podían recibir el *misthós* de la ciudad contratante, pero las armas eran propias y con ellas podían seguir luchando aunque no fueran enrolados por los atenienses (7.29-30)⁷⁵. Los peltastas, normalmente tracios o de las costas vecinas, sólo fueron utilizados de manera seria por Demóstenes y por Brasidas⁷⁶, ateniense y espartano respectivamente, generales ambos que introdujeron ciertas novedades cuyo alcance social se notaba sobre todo en el plano militar. Demóstenes se vio obligado, por sus fracasos en el noroeste, a dar el protagonismo a tropas no hoplíticas. Brasidas llevó el frente espartano a tierras lejanas y tuvo que modificar el estatuto social de algunos de los hilotas con los que contó como tropas de tierra y como remeros.

Junto a estas realidades, en Atenas, tanto en los presupuestos teóricos de la estrategia preconizada por Pericles en 1.142, como en las operaciones reales de los ejércitos de tierra, existe una tendencia a supeditarlos a los planes y objetivos de la marina, hasta el punto de que Pericles piensa que ésta les proporciona experiencia para actuar en tierra. Un pueblo de campesinos, en cambio, difícilmente puede adaptarse a las necesidades de la marina. El mismo discurso plantea los presupuestos ideológicos que afectan al modo de entender la propia sociedad. Cuando el orador dice que la náutica es una *téchne* como cualquiera otra que no puede ejercerse de manera subsidiaria (*páregon*) con respecto a otra actividad, está exponiendo la concepción dominante acerca de la sociedad ateniense, la que quiere alcanzar el grado de ciudadanía tal que ésta pueda convertirse en actividad autosuficiente, de modo que el ciudadano viva de hecho de ser ciudadano y de defender la ciudad⁷⁷. Tal concepción se opone a la del hoplita, según la cual el ciudadano defiende la ciudad y trabaja su tierra. El párrafo del discurso de Pericles justifica una estrategia que domina los objetivos fundamentales de la guerra. Desde luego, tiene que contar con los hoplitas, con lo que se produce una relación ambigua, de utilización y de halago. En cualquier caso, la táctica general

⁷⁵ D. Whitehead, *Who equipped Mercenary Troops in Classical Greece?*, Historia, 40, 1991, 105-13.

⁷⁶ J.G.P. Best, *Thracian Peltasts and their Influence on Greek Warfare*, Groningen 1969, 35.

⁷⁷ D. Plácido, *Protagoras et la société athénienne: le mythe de Prométhée*, DHA, 10, 1984, 161-78.

los engloba.

En una sociedad donde las relaciones de intercambio han llegado a desarrollarse hasta un cierto grado, que afectaban en definitiva a todo el mundo mediterráneo, las relaciones entre marinos y clases dominantes se establecen sobre una especie de alianza que permite a los miembros de éstas la realización de sus actividades lucrativas, como *émporoi* o *naúkleroí*, comerciante o armador, con el apoyo de la masa de marineros, que obtiene de ello beneficios a una escala subsidiaria. Las relaciones económicas de la época posterior a las Guerras Médicas favorecieron el desarrollo de la flota de guerra, para proteger el comercio y proveer a los ciudadanos pobres de recursos con los que poder permanecer alejados de la actividad agraria. La actividad naval se afirma como dedicación propia del ciudadano de pleno derecho. A lo largo de la época imperialista, sus recursos económicos provienen del estado o de los particulares alternativamente. La época de Cimón se caracteriza por su sistema personal, evergético, de la distribución de la ganancia, mientras que la de Pericles lo hace por medio del tesoro público, *demósion*. Los gastos referentes a la flota misma dependen, en cambio, de los trierarcos, que los asumen como una liturgia, con la peculiaridad de que, a la vertiente económica, suman la vertiente militar. Por ello, su papel en la sociedad y en la guerra adquiere matices específicos. Éstos se revelan principalmente en la expedición a Sicilia, en la que, por una parte, en el momento de organizarse la partida, no sólo contribuían con las naves, sino que, además del pago público, ellos mismos colaboraron con un *misthós*, al menos para una parte de la tripulación (6.31.3). La trierarquía era un cargo designado que requería condiciones militares y económicas⁷⁸. Los trierarcos tenían recursos propios que transportaban en las naves y que, junto al dinero y al trigo de los comerciantes, fueron tomados como botín por los siracusanos cuando se apoderaron de Plemmirio en el año 413 (7.24.2). Como tal liturgia, lo mismo que en condiciones favorables o en expectativas de crecimiento suele considerarse como motivo para afirmar el prestigio y la capacidad de control social, en los momentos negativos se transforma en una carga. Así fue en Sicilia, hasta el punto de que Nicias se vio obligado a forzar a los trierarcos a poner a punto las naves para poder disponerse para la batalla naval (7.38.2) y, más tarde (7.69.2), a exhortarlos de manera específica, recordándoles el nombre de sus padres y las tribus a las que pertene-

⁷⁸ Jordan, 61, sigs.

cían, para aludir a los héroes epónimos⁷⁹ y poder así hacer referencia a sus vinculaciones aristocráticas, tocando la fibra que resaltaba su pertenencia a las minorías, obligados al combate y al heroísmo, a pesar de la lejanía de los objetivos planteados en la lucha.

Éstos estaban cada vez más lejos de sus intereses. La expedición a Sicilia había logrado promover las expectativas de la población, como acción heroica y como motivo de lucro, como solución también a los problemas de la crisis para el *dêmos*. Momentáneamente había renacido la concordia y la esperanza de que la liturgia individual del trierarco sirviera como marco de un nuevo esquema social, con el apoyo económico de lo que se vislumbraba como nuevas conquistas para reafirmar los lazos imperialistas. La marcha de los acontecimientos rompió el espejismo y renacieron las insolidaridades, en la misma Sicilia y en Atenas. Aquí, en las consecuencias de Sicilia, se fraguaron las conspiraciones antidemocráticas. De este modo, los trierarcos de Samos se vieron pronto, como 'los más poderosos', inclinados a apoyar el movimiento oligárquico (8.42.2), factor que seguramente tuvo más fuerza que la capacidad de persuasión de Alcibíades⁸⁰. La reacción posterior de los soldados fue naturalmente de suspicacia, la que, en la Asamblea, los llevó a destituir, junto con los estrategos, a los trierarcos que se habían hecho objeto de sospecha (7.76.2). Fue la hora de Trasibulo y Trasilo, estrategos que permanecían vinculados a una concepción moderada de la democracia⁸¹. Los cargos desempañados por la oligarquía dentro del sistema democrático experimentan cambios cuando la democracia se convierte en escena de nuevos conflictos internos. Las soluciones no son duraderas. El abstencionismo de los más poderosos se une a la falta de recursos de algunos, dañados por la ocupación peloponésica de la tierra y por la marcha general de los acontecimientos. Síntoma de tal crisis puede ser la *syntrierarchía*, donde los gastos se dividen tal vez para poder hacer frente a ellos por parte de personas no especialmente poderosas⁸². También ejercieron la trierarquía quienes se habían caracterizado por haber optado en favor de la solución moderada tras la oligarquía de los Cuatrocientos, Terámenes y Trasibulo que, según Jenofonte, *Helénicas*, 1.7.5, la

⁷⁹ HCT, IV, 446.

⁸⁰ Kagan, *Fall*, 113.

⁸¹ Kagan, *Fall*, 114.

⁸² Jordan, 70.

desempeñaban en la batalla de las Arginusas. Pero precisamente el acontecimiento sirvió de base a la ruptura de la oligarquía⁸³, que seguiría actuando dividida, tanto en los momentos de la tiranía de los Treinta como en relación con la restauración democrática.

La trierarquía constituía, por lo tanto, la representación de las clases más altas de la población en la flota. La clase hoplítica está representada por los diez *epibátai*. El resto estaba formado, salvo excepciones específicas, por individuos pertenecientes al *dêmos* subhoplítico. Dentro de este conjunto, sin embargo, se distingue un grupo específico que aparece como el de los asistentes técnicos del trierarco, donde se incluyen los arqueros y en ocasiones, generalmente tardías, los *epibátai*, y que recibe la denominación específica de *hyperesía*⁸⁴. Se encuentran ahí incluidos los cargos verdaderamente profesionales, *kybernétes*, *proireús*, *keleustés*, etc.⁸⁵. El texto anónimo de la *Constitución de Atenas* atribuida a Jenofonte (1.2) es muy claro en este sentido. Es el *dêmos* el que desempeña todas estas funciones, por lo que deja de ser relevante si el texto del discurso de Pericles en Tucídides, 1.143.1, hay que interpretarlo como *kybernétes* y el resto de la *hyperesía* o *kybernétes* además de la *hyperesía*; ambos serían ciudadanos, encuadrados entre los que el Pseudo-Jenofonte opone a nobles y hoplitas. Es la práctica en el terreno naval, insiste el autor en 1.20, la que los lleva a convertirse en buenos *kybernêtai*.

Tal era en gran medida el resultado a largo plazo de las reformas iniciadas a partir de Temístocles y de las condiciones históricas que permitía la existencia del imperio. Éste se apoya en la flota para permitir al *dêmos* vivir en gran medida de la flota, cuyo desarrollo ha traído consigo la consolidación de una plebe profesional, de un *dêmos* triérico, profesionalizado, en el que, según se desprende del Pseudo-Jenofonte, la carrera puede culminar en el puesto de *kybernétes*.

Junto a este cuerpo profesionalizado, se halla el conjunto de los remeros, *naútai*, donde las condiciones sociales se hallan un poco más confusas. En primer lugar, dentro de ellos se establecen algunas

⁸³ Kagan, *Fall*, 364.

⁸⁴ Morrison - Coats, 111; Plácido, *Protagoras*, notas 34-38; J. Taillardat, *La trière athénienne et la guerre sur mer aux V^e et IV^e siècles*, en Vernant, *Problèmes*, 199; N.G.L. Hammond, *The Meaning of the Fleet in the Decree of Themistokles*, *Phoenix*, 40, 1986, 143-48; *contra*, Jordan, *Athenian*, 240, sigs.

⁸⁵ Sobre *kybernétes*, dudas de Jordan, 240, sigs.

distinciones, pues destacan los *thranítai*, a los que, en el momento de la expedición a Sicilia, según Tucídides, 6.31.3, los trierarcos les añadieron una paga a la que ya recibían del tesoro público, lo mismo que hicieron con las *hyperestái*. Parecería, pues, una sección de los *naútai*, destacada del conjunto para asimilarse al grado superior entre los *thêtes*, la que forma la *hyperesia*. Por otro lado, existen los *thalámioi*. Según Tucídides, 4.32.2, en Esfacteria, Cleón hizo desembarcar, armados de cualquier manera, a todos los miembros de la tripulación, salvo a los *thalámioi*, signo bastante claro de su inferioridad. En relación con esto se encuentra, en segundo lugar, el hecho de que, en ocasiones, también hay extranjeros entre los remeros, en condiciones variables, según los recursos demográficos existentes y las necesidades militares⁸⁶. Se trata habitualmente de metecos o *xénoi*, entendidos como habitantes de las ciudades aliadas, y no como mercenarios⁸⁷. Como ciudadanos, en más de una ocasión tuvieron que combatir en tierra, lo que de todos modos siempre se hace notar como síntoma de una gravedad tal como para alterar las situaciones estatutarias. Más excepcional aún es que los clásicos combatientes de tierra, los hoplitas, tengan que tomar los remos.

Se sabe que al final de la guerra los atenienses usaron medidas excepcionales, como cuando enrolaron esclavos para las naves que enviaron a Lesbos en ayuda de Conón, antes de la batalla de las Arginusas, según Jenofonte, *Helénicas*, 1.6.24⁸⁸. Tucídides comenta, en 7.13.2, cuando algunos atenienses embarcaban en su lugar a los esclavos para dedicarse ellos al comercio, que así se rompía la *akrbeia* de la náutica, síntoma de la disgregación social a la que lleva la guerra. Otra cosa es que los esclavos acompañaran a los hoplitas como servidores, como los que estaban en Potidea (3.17.3) o los que escapaban aprovechando las condiciones en que se desenvolvía la lucha en Sicilia (8.13.2), que reciben el nombre de *therápontes* o de *hyperétai*, o de los que desconfiaban en circunstancias parecidas (7.75. 7), llamados *akólouthoi*. Según el Pseudo-Jenofonte (1.19), también tienen que tomar los remos a veces con su dueño, seguramente porque del mismo modo los *thêtes* pueden ir acompañados del servidor, aunque la frase se sitúa más bien en un contexto pacífico donde el navegante o comerciante

⁸⁶ Morrison-Coats, 115.

⁸⁷ Ver O. Longo, *Uomini e navi della flotta ateniese nella seconda metà del V secolo*, *Museun Patavinun*, 1, 1983, 221-49.

⁸⁸ Kagan, *Fall*, 339.

tiene que realizar determinadas funciones alternativamente. En guerra, se referiría probablemente a los miembros de la *hyperesta*, los mejor situados económicamente de entre los *thêtes*.

En general, los esclavos no realizan las funciones que sirven para proteger la ciudad, más que como servicio personal al ciudadano. La guerra y la flota son propias de éste y representan un modo de garantizar sus derechos y sus libertades. En este terreno, la flota representa un paso que diferencia la Atenas democrática de la ciudad propiamente hoplítica, pues en aquélla el combate en tierra se ha hecho subsidiario, aunque indispensable, lo que lleva a la compleja elaboración teórica del discurso fúnebre de Pericles, en 2.39.3, cuando hace hincapié en la identificación de la ciudad con su específica forma de luchar frente a la costumbre tradicional de identificarla sólo con la lucha hoplítica. Las vicisitudes de la guerra, con todo, pusieron de relieve las limitaciones del sistema. Normalmente los atenienses luchaban como marinos a través de maniobras complejas en que el papel protagonista estaba en la flota misma y en los *naútai*. Los hoplitas se habían hecho subsidiarios, hasta que, en Siracusa, cayeron en la trampa de luchar con la flota como si se tratara de una batalla de infantería⁸⁹.

La guerra hoplítica parte históricamente de los enfrentamientos entre las ciudades, en su proceso de formación y crecimiento, por controlar las tierras de los alrededores, que se convierten en medio de subsistencia y espacio simbólico de su entidad. La producción para los mercados de cambio y el desarrollo de la esclavitud crean habitualmente otros medios de control militar. La guerra hoplítica no representa un medio para acceder a la captura de los esclavos o a los mercados relacionados con ellos. Sólo tras el asedio de las ciudades los hoplitas capturan⁹⁰, para vender o para someter a explotación en la misma tierra conquistada. El botín conquistado pasa habitualmente a la ciudad, como entidad colectiva respaldada por el ejército conquistador. En la Guerra del Peloponeso, sólo raramente el ejército hoplítico tiene posibilidad de acuerdo con su primitiva naturaleza. Sin embargo, por el hecho de seguir siendo imprescindible en las nuevas

⁸⁹ C. Ferone, *Sulle battaglie navali tra ateniesi e siracusani nel porto grande di Siracusa*, in *Miscellanea Greca e Romana*, 12, 1987, 27-44, especialmente, pág. 41.

⁹⁰ W.R. Connor, *Early Greek Land Warfare as Symbolic Expression*, P&P, 119, 1988, 15, sigs. Las reflexiones que vienen a continuación deben mucho a este artículo.

tiene que realizar determinadas funciones alternativamente. En guerra, se referiría probablemente a los miembros de la *hyperesia*, los mejor situados económicamente de entre los *thêtes*.

En general, los esclavos no realizan las funciones que sirven para proteger la ciudad, más que como servicio personal al ciudadano. La guerra y la flota son propias de éste y representan un modo de garantizar sus derechos y sus libertades. En este terreno, la flota representa un paso que diferencia la Atenas democrática de la ciudad propiamente hoplítica, pues en aquélla el combate en tierra se ha hecho subsidiario, aunque indispensable, lo que lleva a la compleja elaboración teórica del discurso fúnebre de Pericles, en 2.39.3, cuando hace hincapié en la identificación de la ciudad con su específica forma de luchar frente a la costumbre tradicional de identificarla sólo con la lucha hoplítica. Las vicisitudes de la guerra, con todo, pusieron de relieve las limitaciones del sistema. Normalmente los atenienses luchaban como marinos a través de maniobras complejas en que el papel protagonista estaba en la flota misma y en los *naútai*. Los hoplitas se habían hecho subsidiarios, hasta que, en Siracusa, cayeron en la trampa de luchar con la flota como si se tratara de una batalla de infantería⁸⁹.

La guerra hoplítica parte históricamente de los enfrentamientos entre las ciudades, en su proceso de formación y crecimiento, por controlar las tierras de los alrededores, que se convierten en medio de subsistencia y espacio simbólico de su entidad. La producción para los mercados de cambio y el desarrollo de la esclavitud crean habitualmente otros medios de control militar. La guerra hoplítica no representa un medio para acceder a la captura de los esclavos o a los mercados relacionados con ellos. Sólo tras el asedio de las ciudades los hoplitas capturan⁹⁰, para vender o para someter a explotación en la misma tierra conquistada. El botín conquistado pasa habitualmente a la ciudad, como entidad colectiva respaldada por el ejército conquistador. En la Guerra del Peloponeso, sólo raramente el ejército hoplítico tiene posibilidad de acuerdo con su primitiva naturaleza. Sin embargo, por el hecho de seguir siendo imprescindible en las nuevas

⁸⁹ C. Ferone, *Sulle battaglie navali tra ateniesi e siracusani nel porto grande di Siracusa*, in *Miscellanea Greca e Romana*, 12, 1987, 27-44, especialmente, pág. 41.

⁹⁰ W.R. Connor, *Early Greek Land Warfare as Symbolic Expression*, P&P, 119, 1988, 15, sigs. Las reflexiones que vienen a continuación deben mucho a este artículo.

circunstancias, su existencia se adecua al papel subsidiario asignado, pero, paralelamente, se refuerzan los aspectos sublimados de su imagen y adquieren una intensidad ideológica que vendrá a servir de sustento al nuevo pensamiento conservador, donde la *aristefía* se define como una actuación hoplítica, en choque con las tendencias imperantes en la sociedad de la transición entre siglos. El descenso de la población hoplítica se vio compensado por un crecimiento de las prácticas rituales por las que se vinculaban a los héroes tribales como modelos de guerreros hoplíticos. En muchos ejemplos de las actuaciones que tuvieron en la guerra, da la impresión de que la intervención tiene un sentido dirigido hacia la afirmación del sector en el marco de la ciudad, más que de búsqueda de un objetivo bélico inmediato. La guerra hoplítica nace como resultado de una necesidad económica, pero cobra tal peso en la comunidad que, en sí misma, se usa para afirmar la presencia de sus protagonistas, pues, a pesar de los nuevos sistemas de crecimiento económico, nunca deja de definirse como ciudad hoplítica, en lo ideológico, al margen de que se convierta también en marco del debate sobre el propio papel de la clase hoplítica, inseparable del papel de la guerra hoplítica, como se ve en el citado debate de los versos 157-164 y 188-205, entre Lino y Anfitrión, en el *Hercules furens* de Eurípides, representada entre los años 425 y 415. Frente al ataque del primero a Hércules por combatir con el arco, lo que le permite huir como un cobarde y atacar de lejos, reproche que Platón hará también a los que combaten desde las naves, a los *thêtes*, Anfitrión en cambio habla del hoplita como esclavo de sus armas, mientras que el arquero viene a ser la representación del héroe individual. El poeta, una vez más, refleja el ambiente polémico de la ciudad sobre el papel del hoplita, frente al pasado heroico y a la actualidad de una ciudad que relega ese papel en el desarrollo de otras formaciones militares y sociales. Éstas están representadas por el papel de los *thêtes*, pero cuando, todavía a comienzos de la guerra, se establecen en una inscripción los tributos a Apolo de los distintos cuerpos militares, en *IG I³*, 138⁹¹, junto a caballeros y hoplitas, sólo menciona a los *toxótai* entre los que cobran *misthós*, ciudadanos o extranjeros, los que combaten en colaboración y rivalidad con los hoplitas. La guerra naval no se contabiliza como criterio de contribución a la divinidad tradicional apolínea.

⁹¹ *Idem*, 25, sigs.

Sin embargo, la guerra ha cambiado y, si los hoplitas combaten junto a tropas ligeras y caballería, en la batalla naval es donde se manifiestan más claramente las virtudes específicas de la época, la *téchne*, la *mechané* y la *empeiria*, técnica o arte, maquinación y experiencia, que se convierten en las virtudes presentes en los estrategos de la obra de Tucídides⁹². Poco a poco se desarrolla la figura del estratego experto, que por eso mismo puede acaparar poder. En Tucídides, 6.72.5, Hermócrates empieza a hablar de las ventajas del jefe único, o de los estrategos poco numerosos, con poder autocrático, capaz de actuar secretamente, anticipando así el elogio de las ventajas del enemigo que hacía Demóstenes de Filipo frente al *dêmos* ateniense cuyo poder defendía.

Pero la técnica se encuentra mayoritariamente en las maniobras navales, donde la habilidad de los marinos puede prescindir de las virtudes hoplíticas, puesta en práctica por los miembros de la *hypersía*, verdaderos artífices de los movimientos teóricamente dirigidos por los navarcos. Ahí es donde el profesionalismo y la *téchne* se muestran superiores. Son también los marinos los que acaparan mayoritariamente el *misthós*. Aristóteles *Constitucion de Atenas*, 24.1, distingue entre una primera medida, la *trophé*, concedida por Aristides, y el *misthós*, en 27.2, adecuado a las expediciones a larga distancia, en que el *dêmos* náutico resulta especialmente beneficiado por estar más tiempo en acción, desde que Pericles mantenía activa la flota buena parte del año, y por alejarse más fácilmente de su actividad propia, al no estar vinculado a la parcela de tierra como el agricultor⁹³.

En la práctica, pues, los objetivos de los *thêtes* predominan en una gran cantidad de ocasiones en las acciones bélicas de la Guerra del Peloponeso. La ideología sigue dominada por los presupuestos hoplíticos, con tendencia a imitar el mundo heroico o a competir con él. La vida ciudadana está impregnada de esa realidad. Difícilmente se reconoce la ruptura, aunque en muchas ocasiones la hubo. Difícilmente el no ciudadano se admitía como hoplita, aunque a veces lo era y los historiadores lo ponen de relieve como un hecho especial o como un símbolo de la ruptura de las instituciones. Era más fácil que el meteco

⁹² S. Saïd- M. Trédé, *Art de la guerre et expérience chez Thucydide*, CctM, 36, 1985, 65-85, especialmente págs. 78, sigs. J. de Romilly, *Les prévisions non vérifiées dans l'oeuvre de Thucydide*, REG, 103, 1990, 370-82; ver págs. 371, sigs.

⁹³ Sobre la paga militar, ver, en general, Pritchett, 7, sigs.

participara en la flota. Nunca la nave adquiere el carácter litúrgico del servicio hoplítico⁹⁴. Los *thêtes*, pagados, permanecieron en posición marginal en la estructura imaginaria de la ciudad. Su servicio podía ser cumplido por elementos ajenos a la ciudadanía, e incluso necesitaba de los metecos en las artes y en la náutica, según el Pseudo-Jenofonte, 1.12. La ciudadanía de los *thêtes*, argumento fuerte para la defensa de su libertad, es por otro lado un concepto cuya definición se rompe hacia los que son ajenos a ella, contrariamente a la ciudadanía perfectamente definida del hoplita. La Guerra del Peloponeso colaboró a engendrar ambigüedades en el terreno de las instituciones en todas las líneas divisorias, coherentemente con la transformación social objetiva inherente al desarrollo democrático y a su fracaso. El terreno militar fue campo privilegiado para la manifestaciones de tales imprecisiones, puestas de relieve en circunstancias concretas del desarrollo bélico, en el campo de la acción hoplítica como en el de la flota, en las distintas formas de participación y colaboración de la caballería, los arqueros y las tropas ligeras.

Madrid

Domingo Plácido

⁹⁴ D. Whitehead, *The Ideology of Athenian Metic*, PCPhS (suppl. vol. IV), 1977, 86.